

www.alfaguara.com
Empieza a leer... Retratos y encuentros

ALFAGUARA


Gay Talese

Retratos y encuentros

Traducción de Carlos José Restrepo

Nueva York, ciudad de cosas inadvertidas

Nueva York es una ciudad de cosas inadvertidas. Es una ciudad de gatos que dormitan debajo de los coches aparcados, de dos armadillos de piedra que trepan la catedral de San Patricio y de millares de hormigas que reptan por la azotea del Empire State. Las hormigas probablemente fueron llevadas hasta allí por el viento o las aves, pero nadie está seguro; nadie en Nueva York sabe más sobre esas hormigas que sobre el mendigo que toma taxis para ir hasta el barrio del Bowery, o el atildado caballero que hurga en los cubos de la basura de la Sexta Avenida, o la médium de los alrededores de la calle 70 Oeste que afirma: «Soy clarividente, clariaudiente y clarisensual».

Nueva York es una ciudad para los excéntricos y una fuente de datos curiosos. Los neoyorquinos parpadean veintiocho veces por minuto, pero cuarenta si están tensos. La mayoría de quienes comen palomitas de maíz en el Yankee Stadium deja de masticar por un instante antes del lanzamiento. Los mascadores de chicle en las escaleras mecánicas de Macy's dejan de mascar por un instante antes de apearse: se concentran en el último peldaño. Monedas, clips, bolígrafos y cartecitas de niña son encontrados por los trabajadores que limpian el estanque de los leones marinos en el zoológico del Bronx.

Los neoyorquinos se tragan cada día 460.000 galones de cerveza, devoran 3.500.000 libras de carne y se pasan por los dientes 34 kilómetros de seda dental. Todos los días mueren en Nueva York unas 250 personas, nacen 460 y 150.000 deambulan por la ciudad con ojos de vidrio o plástico.

Un portero de Park Avenue tiene fragmentos de tres balas en la cabeza, enquistadas allí desde la Primera Guerra

Mundial. Varias jovencitas gitanas, influenciadas por la televisión y la educación, escapan de sus casas porque no quieren terminar ejerciendo de adivinas. Cada mes se despachan cien mil libras de pelo a Louis Feder, en el 545 de la Quinta Avenida, donde se elaboran pelucas rubias con cabellos de mujeres alemanas, pelucas castañas con cabellos de francesas e italianas, pero ninguna con cabellos de norteamericanas, ya que son, según el señor Feder, endebles por los frecuentes enjuagues y champús.

Entre los hombres mejor informados de Nueva York están los ascensoristas, que rara vez conversan porque siempre están a la escucha; igual que los porteros. El portero del restaurante Sardi's oye los comentarios sobre algún estreno que hacen los asistentes cuando salen de la función. Oye con atención. Pone cuidado. A diez minutos de caer el telón ya te podrá decir qué espectáculos van a fracasar y cuáles serán un éxito.

Al caer la noche en Broadway un gran Rolls-Royce de 1948 oscuro se detiene y salta afuera una dama diminuta armada de una Biblia y un letrero que dice: «Los Condenados habrán de Perecer». Se planta entonces en la esquina y vocifera a las multitudes pecadoras de Broadway hasta las 3 a.m., cuando el Rolls-Royce y su chófer la recogen para llevarla de regreso a Westchester.

A esas horas la Quinta Avenida está vacía, a excepción de unos cuantos insomnes de paseo, algún que otro taxista que circula y un grupo de sofisticadas féminas que pasan noche y día en las vitrinas de las tiendas, exhibiendo sus frías y perfectas sonrisas..., sonrisas conformadas por labios de arcilla, ojos de vidrio y mejillas cuyos rubores durarán hasta que la pintura se desgaste. Como centinelas, forman fila a lo largo de la Quinta Avenida: maniqués que escrutan la calle silenciosa con sus cabezas ladeadas, sus puntiagudos pies y sus largos dedos de goma, que esperan cigarrillos que nunca llegarán. A las cuatro de la madrugada algunas de esas vitrinas se convierten en un extraño reino de las hadas, de diosas larguiruchas para-

lizadas todas en el momento de apurarse a la fiesta, de zambullirse en la piscina, de deslizarse hacia el cielo en un ondulante negligé azul.

Aunque esta loca ilusión se debe en parte a la imaginación desbocada, también debe algo a la increíble habilidad de los fabricantes de maniqués, quienes los han dotado de algunos rasgos individuales, atendiendo a la teoría de que no hay dos mujeres, ni siquiera de plástico o yeso, completamente iguales. Por tal razón, las muñecas de Peck & Peck se elaboran para que luzcan jóvenes y pulidas, mientras que en Lord & Taylor parecen más sabias y curtidas. En Saks son recatadas y maduras, mientras que en Bergdorf's irradian una elegancia intemporal y una muda riqueza. Las siluetas de los maniqués de la Quinta Avenida han sido modeladas a partir de algunas de las mujeres más atractivas del mundo. Mujeres como Susy Parker, que posó para los maniqués de Best & Co., y Brigitte Bardot, que inspiró algunos de los de Saks. El empeño de hacer maniqués cuasihumanos y dotarlos de curvas es quizás responsable de la bastante extraña fascinación que tantos neoyorquinos sienten por estas vírgenes sintéticas. A ello se debe que algunos decoradores de vitrinas hablen frecuentemente con los maniqués y les pongan apodos cariñosos, y que los maniqués desnudos en un escaparate inevitablemente atraigan a los hombres, indignen a las mujeres y sean prohibidos en Nueva York. A ello se debe que algunos maniqués sean asaltados por pervertidos y que una esbelta maniquí de una tienda de White Plains fuera descubierta no hace mucho en el sótano con la ropa rasgada, el maquillaje corrido y el cuerpo con señales de intento de violación. Una noche la policía tendió una trampa y atrapó al asaltante, un hombrecito tímido: el recadero.

Cuando el tráfico disminuye y casi todos duermen, en algunos vecindarios de Nueva York empiezan a pulular los gatos. Se mueven con rapidez entre las sombras de los

edificios; los vigilantes, policías, recolectores de basura y demás transeúntes nocturnos los avistan... no por mucho tiempo. La mayoría de ellos merodea por los mercados de pescado, en Greenwich Village, y los vecindarios de los lados Este y Oeste, donde abundan los cubos de la basura. No hay, sin embargo, zona de la ciudad que no tenga sus animales callejeros, y los empleados de los garajes de veinticuatro horas de áreas tan concurridas como la calle 54 han llegado a contar hasta veinte de ellos cerca del teatro Ziegfeld por la mañana temprano. Pelotones de gatos patrullan los muelles por la noche a la caza de ratas. Los guardavías del metro han descubierto gatos que viven en la oscuridad. Parece que nunca un tren los atropella, aunque a veces a algunos los liquida el tercer riel. Unos veinticinco gatos viven veintitrés metros por debajo del ala oeste de la terminal Grand Central, son alimentados por los trabajadores subterráneos y nunca se aventuran a la luz del día.

Los vagabundos, independientes y autoaseados gatos de la calle llevan una vida extrañamente diferente a la de los gatos mantenidos de casa o apartamento de Nueva York. Casi todos están infestados de pulgas. A muchos los matan la comida intoxicada, la intemperie y la desnutrición; su promedio de vida es de dos años, mientras que el de los gatos caseros es de diez a doce años o más. Cada año la ASPCA* sacrifica unos 1.000 gatos callejeros neoyorquinos para los cuales no encuentra hogar.

No es común el arribismo entre los gatos callejeros de Ciudad Gótica. Rara vez adquieren por gusto una mejor dirección postal. Por lo común mueren en las manzanas que los vieron nacer, aunque un pulgoso espécimen recogido por la ASPCA fue adoptado por una mujer acaudalada: ahora vive en un lujoso apartamento del lado Este y pasa el verano en la quinta de la dama en Long Island. La Asociación Felina Americana una vez trasladó dos gatos callejeros a la sede de

* The American Society for the Prevention of Cruelty to Animals (Sociedad Americana para la Prevención de la Crueldad contra los Animales). (*N. del T.*)

las Naciones Unidas, tras haberse enterado de que los roedores habían invadido los archivadores de la ONU.

—Los gatos se encargaron de ellos —dice Robert Lothar Kendell, presidente de la sociedad—. Y parecían contentos en la ONU. Uno de ellos dormía en un diccionario de chino.

En cada barrio de Nueva York los gatos golfos están bajo el dominio de un «jefe»: el macho más grande y fuerte. Pero, salvo por el jefe, no hay mucha organización en la sociedad del gato callejero. Dentro de esa sociedad hay, no obstante, tres «tipos» de gatos: los salvajes, los bohemios y los de media jornada en tienda (o restaurante).

Los gatos salvajes dependen, en cuestión de comida, de la ocasional tapa suelta del cubo de la basura, o de las ratas, y poco o nada quieren tener que ver con la gente, así sea con quienes los alimentan. Éstos, los más desaliñados, tienen una mirada perturbada, una expresión demente y ojos muy abiertos, y en general rondan por los muelles.

El bohemio, por su parte, es más dócil. No huye de la gente. Con frecuencia recibe en la calle alimentación diaria de manos de sensibles amantes de los gatos (casi siempre mujeres) que los llaman «niñitos», «angelitos» o «queridos» y se indignan cuando los objetos de su caridad son tildados de «gatos de callejón». Tan puntuales suelen ser los bohemios a la hora de comer, que un amante de los gatos ha propuesto la teoría de que saben la hora. Puso el ejemplo de una gata gris que aparece cinco días a la semana a las cinco y media en punto en un edificio de oficinas en Broadway con la calle 17, cuyos ascensoristas le dan comida. Pero la minina nunca cae por allí los sábados y domingos: como si supiera que la gente no trabaja en esos días.

El gato de media jornada en tienda (o restaurante), a menudo un bohemio reformado, come bien y espanta a los roedores, pero acostumbra usar la tienda a manera de hotel y prefiere pasar las noches vagando por las calles. Pese a tan generoso esquema laboral, reclama la mayoría de los privilegios

de una raza emparentada (el gato de tienda de tiempo completo o sin pizca de callejero), incluido el derecho a dormir en la vitrina. Un bohemio reformado de un *delicatessen* de la calle Bleecker se agazapa detrás de la puerta y ahuyenta a los otros bohemios que mendigan bocados.

A propósito, el número de gatos de tiempo completo ha disminuido en gran medida desde el ocaso de la pequeña tienda de ultramarinos y el surgimiento de los supermercados en Nueva York. Con el perfeccionamiento de los métodos de prevención contra ratas, mejores empaquetados y mejores condiciones sanitarias, almacenes de cadena como A&P rara vez tienen un gato de tiempo completo.

En los muelles, sin embargo, la gran necesidad de gatos sigue vigente. Una vez un estibador alérgico a los gatos los envenenó a todos. En cuestión de un día había ratas por todas partes. Cada vez que los hombres se giraban a mirar, veían ratas sobre los embalajes. Y en el muelle 95 las ratas empezaron a robar los almuerzos de los estibadores, e incluso a atacarlos. De modo que hubo que reclutar gatos callejeros de las zonas vecinas, y ahora el grueso de las ratas está bajo control.

—Pero los gatos no duermen mucho por aquí —decía un estibador—. No pueden. Las ratas acabarían con ellos. Hemos tenido casos en los que la rata ha destrozado al gato. Pero no pasa con frecuencia. Esas ratas del puerto son unas miserables desgraciadas.

A las 5 de la mañana Manhattan es una ciudad de trompetistas cansados y cantineros que regresan a casa. Las palomas se apropian de Park Avenue, y se pavonean sin rivales en medio de la calle. Ésta es la hora más serena de Manhattan. Casi todos los personajes *nocturnos* se han perdido de vista, pero los *diurnos* no aparecen aún. Los camioneros y taxistas ya están despabilados, pero no perturban el ambiente. No perturban el desierto Rockefeller Center, ni a los inmóviles vigi-

lantes nocturnos del mercado de pescado de Fulton, ni al gasolinero que duerme al lado del restaurante Sloppy Louie's con la radio encendida.

A las 5 de la mañana los asiduos de Broadway se han ido a casa o a un café nocturno, en donde, bajo el relumbrón de luz, se les ven las patillas y el desgaste. Y en la calle 51 se encuentra estacionado un automóvil de la prensa radiofónica, con un fotógrafo que no tiene nada que hacer. Así que simplemente se pasa allí sentado unas cuantas noches, atisba por el parabrisas y no tarda en volverse un sagaz observador de la vida después de medianoche.

—A la una de la mañana —dice—, Broadway se llena de avispados y de muchachitos que salen del hotel Astor vestidos de esmoquin, muchachitos que van a los bailes en los coches de sus padres. También se ven señoras de la limpieza que vuelven a sus casas, siempre con la pañoleta puesta. A las dos, algunos bebedores empiezan a perder la compostura, y ésta es la hora de las peleas de cantina. A las tres, termina la última función en los *night-clubs* y la mayoría de los turistas y compradores forasteros están de vuelta en sus hoteles. A las cuatro, cuando cierran los bares, se ve salir a los borrachos..., así como a los chulos y las prostitutas que se aprovechan de los borrachos. A las cinco, sin embargo, casi todo está en calma. Nueva York es una ciudad completamente distinta a las cinco de la mañana.

A las seis de la mañana los empleados madrugadores comienzan a brotar de los trenes subterráneos. El tráfico empieza a fluir por Broadway como un río. Y la señora Mary Woody salta de la cama, se apresura a su oficina y telefona a docenas de adormilados neoyorquinos para decirles con voz alegre, rara vez apreciada: «Buenos días. Hora de levantarse». Durante veinte años, como operadora del servicio despertador de Western Union, la señora Woody ha sacado a millones de la cama.

A las 7 a.m. un hombrecillo colorado y robusto, muy parisino en una boina azul y un suéter de cuello alto, recorre a paso rápido Park Avenue, visitando a sus adineradas amigas: se asegura de darle a cada cual un enérgico masaje antes del desayuno. Los uniformados porteros lo saludan con afecto y lo llaman «Biz» o «Mac», puesto que se trata de Biz Mackey, *masseur extraordinaire* para las damas.

Míster Mackey es brioso y muy derecho y lleva siempre un bolso de cuero negro con los linimentos, cremas y toallas de su oficio. Sube en el ascensor, media hora después está abajo otra vez, y de nuevo a casa de otra dama: una cantante de ópera, una actriz de cine, una teniente de la policía.

Biz Mackey, antiguo boxeador de los pesos pluma, empezó a sobar de manera correcta a las mujeres en París, allá en los años veinte. Habiendo perdido una pelea durante una gira por Europa, decidió dejarlo ahí. Un amigo le sugirió que acudiera a una escuela para masajistas, y seis meses después tuvo a su primera cliente: Claire Luce, actriz que por entonces era la estrella del Folies-Bergère. Ella quedó satisfecha y le mandó otras clientas: Pearl White, Mary Pickford y una rolliza soprano wagneriana. Se precisó de la Segunda Guerra Mundial para sacar a Biz de París.

De regreso en Manhattan la clientela europea siguió empleándolo cuando venía por aquí; y si bien es cierto que él ya frisa los setenta, todavía no afloja. Biz trata a unas siete mujeres por día. Sus dedos musculosos y sus brazos gruesos poseen un toque milagrosamente relajante. Es discreto y, por eso, el preferido de las damas de Nueva York. Las visita en sus apartamentos y tiene llaves de sus alcobas: es a menudo el primer hombre que ven por la mañana, y lo esperan tendidas en la cama. Nunca revela los nombres de sus clientas, pero la mayoría tiene sus años y son ricas.

—Las mujeres no quieren que otras mujeres sepan de sus asuntos —explica Biz—. Ya sabes cómo son —agrega como al descuido, sin dejar duda de que él sí lo sabe.

Los porteros con los que Biz se cruza en las mañanas tienden a ser un servicial y siempre elocuente grupo de diplomáticos de acera, entre cuyas amistades se cuentan algunos de los hombres más poderosos de Manhattan, algunas de las mujeres más hermosas y algunos de los poodles más estirados. La mayoría de las veces los porteros son corpulentos, tienen un aspecto vagamente gótico y los ojos lo bastante aguzados como para detectar una buena propina a una manzana de distancia en el día más oscuro del año.

Ciertos porteros del lado Este son orgullosos como un noble, y sus uniformes, festoneados con recargo, parecen salidos de la misma sastrería que atiende al mariscal Tito. Casi todos los porteros de hotel son estupendos para la charla intrascendente, la grandilocuente y la impertinente, para recordar apellidos y evaluar equipajes de cuero. (Saben calcular la riqueza de un huésped más por el equipaje que por la ropa que lleva.)

Hoy en Manhattan hay 650 porteros de torres de apartamentos, 325 de hoteles (catorce en el Waldorf Astoria) y un número desconocido pero formidable de porteros de teatro y de restaurante, porteros de *night-club*, porteros voceadores y porteros sin puerta.

Los porteros sin puerta, que son vagabundos sin antecedentes penales, usualmente carecen de uniforme (pero no de sombreros alquilados) y merodean por las calles abriendo puertas cuando el tráfico se embotella, en las noches de ópera, de conciertos, de peleas por un título y de convenciones. Christos Efthimiou, portero del Brass Rail, dice que los porteros sin puerta saben cuándo está libre (lunes y martes) y que en esos días trabajan *free lance* desde su sitio en la Séptima Avenida con la calle 49.

Los porteros voceadores, que a veces lucen uniformes alquilados (pero son dueños del sombrero), se apostan enfrente de los clubes de jazz con programas de espectáculos, como los que bordean la calle 51. Además de abrir puertas

y de enlazar taxistas, los porteros voceadores bien pueden susurrarle suave pero claramente al peatón que pasa: «¡Psss! ¡Sin pagar el puesto: chicas adentro... la nueva reina de Alaska!».

Aunque en la ciudad son pocos los porteros que no juren por las buenas o por las malas que les pagan mal y que son menospreciados, muchos porteros de hotel reconocen que en ciertas semanas buenas, las de lluvia, se han hecho cerca de 200 dólares con las meras propinas. (Más gente pide taxis cuando llueve y los porteros que suministran paraguas y taxis rara vez se quedan sin propina.)

Cuando llueve en Manhattan el tráfico de automóviles es lento, las citas se incumplen y en los vestíbulos de los hoteles la gente se arrellana detrás de un periódico o da vueltas por ahí sin tener dónde sentarse, con quién hablar, nada qué hacer. Se hace más difícil conseguir un taxi; los grandes almacenes reducen sus ventas entre un 15 y un 25 por ciento, y los monos del zoo del Bronx, sin público, se encorvan malhumorados en sus jaulas, con más cara de aburridos que los desocupados de los hoteles.

Aunque algunos neoyorquinos se ponen taciturnos con la lluvia, otros la prefieren. Les gusta caminar bajo ella y sostienen que en los días lluviosos los edificios de la ciudad parecen más limpios..., bañados de una cierta opalescencia, como un cuadro de Monet. Hay menos suicidios en Nueva York cuando llueve; pero cuando el sol brilla y los neoyorquinos parecen felices, el deprimido se hunde más en su depresión y el hospital Bellevue recibe más casos de intentos de suicidio.

En fin, un día lluvioso en Nueva York es un día resplandeciente para los vendedores de paraguas y gabardinas, las chicas de los guardarropas, los botones y el personal de la oficina del Consulado General Británico, donde dicen que la lluvia les recuerda la patria. La firma Consolidated Edison informa que los neoyorquinos consumen 120.000 dólares más en electricidad que en los días despejados; las rayas de

los pantalones se deterioran con la lluvia, y en la lavandería Norton Cleaners, en la calle 45, se plancha un promedio de 125 pantalones extras en días como éstos.

La lluvia les estropea el rímel de los ojos a los modelos que no consiguen un taxi; y la lluvia significa un día solitario para los sargentos de reclutamiento, los manifestantes, los limpiabotas y los ladrones de Times Square, que tienden todos a perder el entusiasmo cuando se mojan.

Todas las mañanas, pasadas las 7.30, cuando la mayoría de los neoyorquinos sigue aún sumida en un cegajoso duermevela, cientos de personas hacen fila en la calle 42 a la espera de que abran los diez cines ubicados casi hombro a hombro entre Times Square y la Octava Avenida.

¿Quiénes son los que van al cine a las 8 a.m.? Son los vigilantes nocturnos del centro, los pelagatos, los que no pueden dormir, los que no pueden ir a casa o los que no tienen casa. Son los camioneros, los homosexuales, los polizontes, los gacetilleros, las sirvientas y los empleados de un restaurante que han trabajado toda la noche. Son también los alcohólicos, que esperan hasta las ocho para pagar cuarenta centavos por un asiento blando y algo de sueño en un teatro fresco, oscuro y cargado de humo.

Con todo, al margen de estar llenos de humo, cada uno de los teatros de Times Square carece de o posee una característica especial que lo define. En el teatro Victoria uno sólo se topa películas de terror, mientras que en el teatro Times Square sólo presentan películas de vaqueros. Hay películas de estreno por cuarenta y cinco centavos en el Lyric, en tanto que en el Selwyn hay siempre cintas viejas por treinta y cinco. Tanto en el Liberty como en el Empire hay reestrenos, y en el Apollo sólo proyectan filmes extranjeros. Los filmes extranjeros han venido haciendo dinero en el Apollo desde hace veinte años, cosa que William Brandt, uno de los propietarios, no alcanzaba a entender.

—Así que un día fui a investigar al sitio —dice él— y vi a la entrada gente que conversaba con las manos. Me di cuenta de que eran casi todos sordomudos. Son asiduos del Apollo porque pueden leer los subtítulos que vienen con las películas extranjeras. El Apollo probablemente tiene el mayor público sordomudo del mundo.

Nueva York es una ciudad con 8.485 operadoras telefónicas, 1.364 repartidores de telegramas de la Western Union y 112 mensajeros de casas periodísticas. La hinchada beisbolera promedio en el estadio de los Yankees gasta unos diez galones de jabón líquido por partido: récord extraoficial de limpieza de las grandes ligas. Este estadio también ostenta el mayor número de acomodadores de la liga (360), de barrenderos (72) y de baños para hombres (34).

En Nueva York hay 500 médiums, clasificados desde el semitrance hasta el trance y el trance profundo. La mayoría vive en las calles setentas, ochentas y noventas del Oeste de Nueva York, y en los domingos algunas de estas manzanas se comunican con los muertos, vibran al clamor de trompetas y solucionan todo tipo de problemas.

En Nueva York la Lencería de la Quinta Avenida está situada en la Avenida Madison, la Tienda de Mascotas Madison queda en la Avenida Lexington, la Floristería Park Avenue está en la Avenida Madison y la Lavandería A Mano Lexington está en la Tercera Avenida. Nueva York alberga 120 tiendas de ropa y muebles usados, y es allí donde el hermano del obispo [Bishop] Sheen, el doctor Sheen, comparte una oficina con un tal doctor Bishop.

Dentro de una típica y apacible fachada de piedra rojiza sobre la Avenida Lexington, en la esquina de la calle 82, un boticario llamado Frederick D. Lascoff lleva años vendiendo sanguijuelas a boxeadores maltrechos, aceite de calamento a cazadores de leones y millares de pócimas extrañas a personas en lugares exóticos de todo el mundo.

Dentro de una lóbrega factoría del lado Oeste, todos los meses una larga cinta de cartulina verde sube y baja arras-trándose como un reptil interminable por una prensa de imprenta que la pica en miles de enojosos trocitos. Cada trocito fue ideado para encajar en el bolsillo de un policía, decorar el parabrisas de un coche aparcado ilegalmente y despojar a un conductor de quince dólares. Unas 500.000 multas de quince dólares se imprimen cada año para la policía de Nueva York en la calle 19 Oeste, en la May Tag and Label Corporation, cuyos empleados a veces ven el fruto de su trabajo volver como un bumerán sobre sus propios parabrisas.

Nueva York es una ciudad de 200 vendedores de castañas, 300.000 palomas y 600 estatuas y monumentos. Cuando la estatua ecuestre de un general alza del suelo los dos cascos delanteros, quiere decir que el general murió en combate; si levanta uno, murió de heridas recibidas en combate; si los cuatro cascos pisan el suelo, el general probablemente murió en cama.

En Nueva York, desde el amanecer hasta el ocaso y de nuevo al amanecer, día tras día, se escucha el incesante y sordo ruido de las llantas sobre la plancha de hormigón del puente George Washington. El puente nunca está completamente quieto. Tiembla con el tráfico. Se mueve con el viento. Sus enormes venas de acero se hinchan al calentarse y se contraen al enfriarse; con frecuencia la plancha se acerca al río Hudson, unos tres metros más en verano que en invierno. Esta estructura, poco menos que inquieta y de grácil belleza, oculta, como una seductora irresistible, algunos de sus secretos a los románticos que la contemplan, los escapistas que saltan desde ella, la chica regordeta que recorre pesadamente su distancia de mil setenta metros buscando bajar de peso y los cien mil automovilistas que cada día la cruzan, se estrellan contra ella, le esquilman el peaje, se atascan encima.

Pocos de los neoyorquinos y turistas que lo cruzan a toda velocidad se percatan de los obreros que, 186 metros más arriba, utilizan los ascensores dentro de sus dos torres gemelas; y pocas personas saben que algunos borrachitos errabundos de cuando en cuando lo escalan despreocupadamente hasta la cima y allí se echan a dormir. Por las mañanas se quedan petrificados y tienen que bajarlos brigadas de emergencia.

Pocas personas saben que el puente fue construido en un área por la que antiguamente trashumaban los indios, en la cual se libraron batallas y en cuyas riberas, en los primeros tiempos coloniales, se llevaba a la horca a los piratas a modo de advertencia para otros marinos aventureros. El puente hoy se levanta en el lugar donde las tropas de George Washington retrocedieron ante los invasores británicos que más adelante capturarían Fort Lee, en Nueva Jersey, quienes encontraron las ollas en el fuego, el cañón abandonado y un reguero de ropa por el camino de retirada de la guarnición de Washington.

La calzada del puente George Washington descuella 30 metros por encima del pequeño faro rojo que se quedó obsoleto cuando se erigió el puente en 1931; el acceso por el lado de Jersey queda a tres kilómetros de donde el mafioso Albert Anastasia vivía tras un muro alto y custodiado por perros dóberman pinschers; el peaje de Jersey queda a seis metros de donde un conductor sin licencia intentó pasar con cuatro elefantes en un remolque; y lo hubiera logrado si uno de ellos no se hubiera caído. La plancha superior está a 67 metros del sitio hasta donde una vez trepó un guardia de la Autoridad Portuaria para decirle a un suicida en ciernes: «Óigame bien, so HP: si no se baja, lo bajo a tiros», y el hombre descendió en un dos por tres.

Día y noche los guardias se mantienen alerta. Tienen que estarlo. En cualquier momento puede ocurrir un accidente, una avería o un suicidio. Desde 1931 han saltado del puente cien personas. A más del doble se les ha impedido

hacerlo. Los saltadores de puentes decididos a suicidarse obran rápida y silenciosamente. Junto a la calzada dejan automóviles, chaquetas, gafas y a veces una nota que dice «Cargo con la culpa de todo» o «No quiero vivir más».

Un solitario comprador que no era de la ciudad y que se había tomado unas copas se registró una noche en un hotel de Broadway cerca de la calle 64, fue a la cama y despertó en medio de la noche para presenciar una escena pavorosa. Vio pasar, flotando por la ventana, la imagen resplandeciente de la Estatua de la Libertad.

Se imaginó que lo habían drogado para reclutarlo y que navegaba frente a Liberty Island con rumbo a una calamidad segura en alta mar. Pero luego, mirándolo mejor, cayó en la cuenta de que en realidad veía la *segunda* Estatua de la Libertad de Nueva York: la estatua anónima y casi inadvertida que se yergue en el techo del depósito Liberty-Pac en el 43 de la calle 64 Oeste.

Esta aceptable copia, construida en 1902 por encargo de William H. Flattau, un patriótico propietario de bodegas, se eleva diecisiete metros sobre el pedestal, pocos en comparación con los 46 metros de la estatua de Bartholdi en Liberty Island. Esta más menuda Libertad también tenía una antorcha encendida, una escalera espiral y un boquete en la cabeza por el cual se divisaba Broadway. Pero en 1912 la escalera se descacharró, la tea se apagó en una tormenta y a los escolares se les prohibió corretear de arriba abajo en su interior. El señor Flattau murió en 1931 y con él se fue mucha de la información sobre la historia de esta estatua.

De vez en cuando, sin embargo, los empleados del depósito y los vecinos responden las preguntas de los turistas acerca de la estatua.

—La gente por lo general se arrima y dice: «Eh, ¿qué hace *eso allá arriba?*» —cuenta el vigilante de un aparcamiento al otro lado de la calle—. El otro día un tejano detu-

vo su coche, miró hacia arriba y dijo: «Yo pensaba que la estatua debía estar en el agua, en otra parte». Pero algunos están de veras interesados en la estatua y le sacan fotos. Considero un privilegio trabajar al pie de ella, y cuando vienen los turistas siempre les recuerdo que ésta es «la segunda Estatua de la Libertad más grande del mundo».

Pero la mayoría de los vecinos no le presta atención a la estatua. Las adivinas gitanas que trabajan al costado derecho no lo hacen; los asiduos de la taberna que hay debajo, tampoco; ni quienes sorben la sopa en el restaurante Bickford al otro lado de la calle. David Zickerman, taxista de Nueva York (taxi núm. 2865), ha pasado zumbando por la estatua centenares de veces y no sabe que existe.

—¿Quién demonios mira hacia arriba en esta ciudad? —pregunta.

Por varias décadas la estatua ha sostenido una antorcha apagada sobre este vecindario de jugadores de *punchball*, cocineros de comidas rápidas y vigilantes de bodega; sobre botones de magras propinas y policías y travestis de tacones altos, quienes pasada la medianoche emergen de sus paredes por las escaleras de incendios para ir a pasearse por esta ciudad de acaso demasiada libertad.

Nueva York es una ciudad de movimiento. Los artistas y los *beatniks* viven en Greenwich Village, que fue habitada primero por los negros. Los negros viven en Harlem, donde solían vivir judíos y alemanes. La riqueza se ha trasladado del lado Oeste al Este. Los puertorriqueños se hacinan por todas partes. Sólo los chinos son estables en su enclave en torno al antiguo recodo de la calle Doyer.

Algunos prefieren recordar a Nueva York en la sonrisa de una azafata del aeropuerto de La Guardia, o en la paciencia de un vendedor de zapatos de la Quinta Avenida; para otros, la ciudad representa el olor a ajo en la parte trasera de una iglesia de la calle Mulberry, o un trozo de «territorio»

que se pelean las pandillas juveniles, o un lote en compra-venta por la inmobiliaria Zeckendorf.

Pero por fuera de las guías de la ciudad de Nueva York y la cámara de comercio, Nueva York no es ningún festival de verano. Para la mayoría de los neoyorquinos es un lugar de trabajo duro, de demasiados coches, de demasiada gente. Muchas de esas personas son anónimas, como los conductores de bus, las criadas por días y esos repulsivos pornógrafos que suben los precios que aparecen en los anuncios de publicidad sin que nunca los cojan. Parecería que muchos neoyorquinos sólo tienen un nombre, como los barberos, los porteros, los limpiabotas. Algunos neoyorquinos transitan por la vida con el nombre incorrecto, como Jimmy Panecillos [Jimmy Buns], que vive en frente del cuartel general de la policía en Centre Street. Cuando Jimmy Panecillos, cuyo verdadero apellido es Mancuso, era un chico, los policías le gritaban del otro lado de la calle: «Oye, chico, ¿qué tal si vas a la esquina y nos traes café y unos panecillos?». Jimmy siempre hacía el favor, y no tardaron en llamarlo Jimmy Panecillos o simplemente «Eh, Panecillos». Ahora Jimmy es un señor mayor, canoso, con una hija que se llama Jeannie. Pero Jeannie nunca tuvo apellido de soltera: todos la llaman «Jeannie Panecillos».

Nueva York es la ciudad de Jim Torpey, quien desde 1928 arma los titulares de prensa del letrero eléctrico que rodea Times Square, sin gastar nunca una bombilla de su bolsillo; y de George Bannan, cronometrador oficial del Madison Square Garden, quien ha aguantado como un reloj de pie siete mil peleas de boxeo y ha tocado la campana dos millones de veces. Es la ciudad de Michael McPadden, quien se sienta detrás de un micrófono en una caseta del metro cerca de Times Square y grita en una voz que oscila entre la futilidad y la frustración: «Cuidado al bajar, por favor, cuidado al bajar». Imparte este consejo 500 veces cada día y en ocasio-

nes quisiera improvisar. Pero rara vez lo intenta. Desde hace tiempo está convencido de que la suya es una voz desatendida en el bullicio de puertas que golpean y cuerpos que se estrujan; y antes de que se le ocurra algo ingenioso para decir, llega otro tren de la Grand Central y el señor McPadden tiene que decir (¡una vez más!): «Cuidado al bajar, por favor, cuidado al bajar».

Cuando comienza a oscurecer en Nueva York y los compradores salen de Macy's, se escucha el trotcecito de diez dóberman pinschers que recorren los pasillos olfateando en busca de algún pillastre oculto detrás de un mostrador o al acecho entre las ropas de un perchero. Peinan los veinte pisos de la gran tienda y están entrenados para subir escaleras de mano, saltar por las ventanas, brincar sobre los obstáculos y ladrarle a cualquier cosa extraña: un radiador que gotea, un tubo de vapor roto, humo, un ladrón. Si el ladrón tratara de escaparse, los perros lo alcanzarían fácilmente, metiéndose entre las piernas para derribarlo. Sus ladridos han alertado a los vigilantes de Macy's sobre peligros menores pero nunca sobre un ladrón: ninguno se ha atrevido a quedarse en la tienda después del cierre desde que los perros llegaron en 1952.

Nueva York es una ciudad en la que unos halcones grandes que suelen anidar en los riscos hincan las garras en los rascacielos y se precipitan de vez en cuando para atrapar una paloma en Central Park, o Wall Street, o el río Hudson. Los observadores de pájaros han visto a estos halcones peregrinos circular perezosamente sobre la ciudad. Los han visto posarse en los altos edificios, e incluso en los alrededores de Times Square.

Una docena de estos halcones, que llegan a tener una envergadura de noventa centímetros, patrulla la ciudad. Han pasado zumbando al lado de las mujeres en la terraza del hotel St. Regis, han atacado a los hombres de la reparación so-

bre las chimeneas y, en agosto de 1947, dos halcones asaltaron a unas damas residentes en el patio de recreo del Hogar del Gremio Judío de Ciegos de Nueva York. Los trabajadores de mantenimiento en la iglesia de Riverside han visto a los halcones cenar palomas en el campanario. Los halcones permanecen allí un corto rato. Luego emprenden el vuelo hacia el río, dejando las cabezas de las palomas para que los trabajadores hagan la limpieza. Cuando regresan, los halcones entran volando silenciosamente, *inadvertidos*, como los gatos, las hormigas, el portero de las tres balas en la cabeza, el masajista de señoras y muchas de las otras raras maravillas de esta ciudad sin tiempo.